

Francesc Darder y el inicio de la veterinaria de pequeños animales y especies exóticas en Barcelona a finales del siglo XIX

José Manuel Gutiérrez García (*)

(*) orcid.org/0000-0003-3306-9955. Parc Sanitari Sant Joan de Déu. Sant Boi de Llobregat. jmgutierrez@pssjd.org

Dynamis
[0211-9536] 2020; 40 (1): 147-168
<http://dx.doi.org/10.30827/dynamis.v40i1.15664>

Fecha de recepción: 22 de abril de 2019
Fecha de aceptación: 14 de enero de 2020

SUMARIO: 1.—Introducción. 2.—Factores socio-económicos y animales de compañía. 3.—Darder y la veterinaria anatomoclínica. 4.—La introducción del microscopio: de la parasitología veterinaria a la teoría microbiana. 5.—Conclusión.

RESUMEN: Esta investigación se centra en la aproximación del veterinario Francesc Darder (1851-1918) a la clínica de pequeños animales en la Barcelona de la década de 1880. Se analizan los factores sociales, económicos e ideológicos que favorecieron que un sector creciente de la población comenzara a compartir su espacio doméstico con unos seres cuyo único propósito podía ser el de proporcionar placer o compañía a sus cuidadores. Esa transformación generó una demanda de cuidados especializados para un tipo de clientela insólita según los parámetros veterinarios del momento. Darder, condicionado por su notoria actividad comercial como intermediario en la compraventa animal, supo satisfacer esas necesidades ejerciendo como un clínico de gran perspicacia sobre mascotas y otros animales de tamaño pequeño. El presente trabajo examina su pionera labor médico-sanitaria en el terreno de las ideas y en el práctico, incorporando en sus procedimientos metodológicos novedades científicas y técnicas que, como la microscopía, concentró en un espacio específico que denominó laboratorio. La práctica profesional iniciada por Darder no tuvo parangón en la España de finales de la centuria decimonona. Era una idea que apenas se podía vislumbrar y nada hacía pensar todavía que poco más de un siglo después mascotas o microscopios constituyeran dos elementos arquetípicos asociados a la figura del veterinario.

PALABRAS CLAVE: medicina veterinaria, historia veterinaria, sociología veterinaria, animales de compañía, animales exóticos.

KEYWORDS: veterinary medicine, veterinary history, veterinary sociology, pets, exotic animals..

1. Introducción

Se suele admitir como un tópico que la práctica veterinaria sobre animales de compañía es una actividad relativamente reciente, creada alrededor de la demanda generada en las sociedades más desarrolladas cuando las mascotas pasaron a ser un miembro más de las familias¹.

En la obra *Historia de la Veterinaria Española*, Cesáreo Sanz Egaña señalaba que históricamente los veterinarios habían rechazado asistir a los perros enfermos, sin otro motivo que una triste vanidad basada en la creencia de que ese acto les deshonraba. No obstante, añadía Sanz Egaña, algunos veterinarios del siglo XIX establecidos en ciudades habían comenzado a vencer esta repugnancia. Este autor concluía afirmando que, «a decir verdad, ni antes ni ahora los veterinarios españoles, salvo muy contadas excepciones, han conseguido crear una especialidad, de efectivos rendimientos económicos, a base de la clínica de los pequeños animales»². Es también significativo que esta publicación, fechada en 1941, sólo hiciera referencia a las hipotéticas posibilidades de una medicina canina, obviando por completo la atención veterinaria hacia otros animales de compañía.

Francesc d'Assís Darder i Llimona (1851-1918) constituye una de esas excepciones a las que Sanz Egaña aludía. El trabajo desarrollado por este veterinario en la década de 1880 revela que el origen de la clínica dirigida a mascotas fue en España, como en el contexto internacional, un fenómeno que se inició en las postrimerías del siglo XIX³. Darder, a quien podríamos

-
1. El primer congreso mundial de especialistas en pequeños animales se celebró en Londres en 1961. La asociación de veterinarios españoles especialistas en pequeños animales (AVEPA) se creó en 1964. Más información sobre AVEPA en: Verde, M.T.; Pardo, M.; Villanueva-Saz, S.; Magallón, P.; Fernández, A. AVEPA: 50 años de historia. In: Actas del XX Congreso Nacional y XI Iberoamericano de Historia de la Veterinaria. Soria: Colegio Oficial de Veterinarios de Soria; 2014, p. 371-375. Verde, M.T.; Villanueva-Saz, S.; Pardo, M.; Ramos, J.J.; Magallón, P. AVEPA: 25 años de historia en la especialización veterinaria en animales de compañía en España. In: Actas del XX Congreso Nacional y XI Iberoamericano de Historia de la Veterinaria. Soria: Colegio Oficial de Veterinarios de Soria; 2014, p. 377-380.
 2. Sanz Egaña, Cesáreo. Historia de la veterinaria española. Madrid: Espasa-Calpe; 1941, pp. 303-304.
 3. La práctica clínica con pequeños animales era objeto de desaprobación entre los veterinarios del siglo XIX al considerarse que sólo los caballos, animales valiosos en una sociedad sin vehículos de motor y en la que constituían su principal fuerza motriz, eran merecedores de atención especializada. No obstante, algunos veterinarios, como Delabere Blaine y William Youatt en Londres, comenzaron a adentrarse en la asistencia de los animales considerados inferiores. Su éxito comercial propició que otros veterinarios imitaran su ejemplo. Más información sobre la emergencia de la veterinaria de mascotas en el contexto internacional se puede consultar

considerar pionero en explorar un mercado asistencial que aún tardaría mucho en consolidarse, marcó las primeras pautas de una especialización que, además del diagnóstico y tratamiento de las enfermedades de los perros, hizo extensiva a cualquier otro animal de pequeña medida⁴. Un heterogéneo grupo que no sólo incluía a aquellos que vivían dentro de las casas, sino también a otros de los que sí se esperaba directamente un beneficio económico, como conejos y gallinas.

Por otra parte, el análisis de los consejos terapéuticos e informes de autopsias que Darder publicaba en la revista *El Naturalista* permite vislumbrar cómo ese acercamiento temprano a la clínica de pequeños animales se efectuaba desde una perspectiva que asumía plenamente los rasgos de una veterinaria moderna. La realización sistemática de necropsias refleja, por ejemplo, la importancia que otorgaba a la localización de las lesiones para poder entender la patogenia de las enfermedades. El conocimiento así obtenido repercutía en la praxis quirúrgica, que acompañaba con el uso de antisépticos y anestésicos. La prevención de contagios ocupó también un lugar destacado en su faceta higiénico-médica, recomendando métodos para evitar la transmisión de enfermedades que basaba en la incipiente bacteriología.

Esta práctica sofisticada (por sus métodos y clientes) respondía a las necesidades de un Darder popular en el panorama barcelonés por su papel de intermediario en la compraventa animal, convirtiéndose en el principal distribuidor de animales exóticos de la ciudad⁵. Pero como veremos en esta

en, Swabe, Joanna. *Animals, disease and human society: human-animal relations and the rise of veterinary medicine*. London: Routledge; 1999, pp. 173-191.

4. El término especialización se refiere aquí a la diversificación del tipo de especies que comenzaron a recibir atención clínica. La mirada médica de algunos revisores de este texto ha revelado la facilidad con la que se pueden establecer paralelismos entre la creación de especialidades en veterinaria y medicina humana. Sin embargo, ese fenómeno, oficializado en la primera de forma curricular durante la segunda mitad del siglo XX, siguió un patrón independiente al de la medicina. Éste se conformó en torno a tres ejes: la medicina animal, tronco clásico de la profesión; la producción animal o zootecnia, enmarcada en criterios económicos y comerciales; y la higiene y tecnología de los alimentos de origen animal, también reforzada con estudios de economía y de mercado. Véase, por ejemplo, Cordero del Campillo, Miguel. *La Universidad de León: de la Escuela de Veterinaria a la Universidad*. Madrid: Everest; 1983, p. 147-159.
5. Uno de sus clientes más conocidos fue el empresario barcelonés Lluís Martí i Codolar. Este destacado miembro de la burguesía catalana poseía una finca en Horta (entonces municipio cercano a Barcelona y hoy uno de los distritos de la ciudad) donde tenía un buen número de animales autóctonos y exóticos, como osos, leones, antílopes, camellos, un elefante, una jirafa, un caimán, etc. Algunos de esos ejemplares habían sido adquiridos por mediación de Darder, quien viajaba con frecuencia al extranjero para proveerse de artículos para su negocio

investigación, sus intereses iban mucho más allá, sabiendo también aprovechar las oportunidades económicas que, desde una perspectiva zootécnica, ofrecían pequeños mamíferos y aves. Para granjearse una buena reputación, era fundamental la exhibición y venta de unos especímenes prósperos y sanos. Y es precisamente ahí donde sobresale el Darder veterinario.

Como soporte propagandístico a sus actividades comerciales, creó dos revistas: *El Zookeryx*, fundada en 1876 y continuada desde 1878 hasta 1880 como *Revista Universal Ilustrada*; y *El Naturalista*, publicada en el periodo 1886-1891, aunque con un paréntesis de un año en el que, coincidiendo con la Exposición Universal celebrada en Barcelona en 1888, dejó de editarse⁶. Esta última ofrecía, al final de cada número, una sección fija destinada a contestar las dudas que los suscriptores tenían sobre la cría, mejora, reproducción y enfermedades de distintas especies animales. También publicaba en ese apartado los resultados de las autopsias que realizaba de forma gratuita sobre los ejemplares muertos que, para su inspección *post-mortem*, los abonados enviaban a la sede de la revista.

Darder fue una figura polifacética. Veterinario de formación⁷, taxidermista consagrado, entusiasta zoólogo y destacado comerciante de animales vivos y disecados, algunos lectores asociaron su apellido con el nombre de un museo comarcal creado en 1916 a partir de la colección de historia natural⁸ que poseía el veterinario barcelonés y que acabó donando al municipio que frecuentaba durante su tiempo de ocio⁹.

particular. En 1892, el Ayuntamiento de Barcelona compró la colección de Martí Codolar, naciendo así el Zoológico de Barcelona, del que Darder sería su primer director. Pons, Emili. *El Parc Zoològic de Barcelona. Cent anys d'història*. Barcelona: Edicions 62; 1992, p. 40-47.

6. En su primer número, la redacción de *El Naturalista* declaraba que tenía «por primordial objeto la propagación de conocimientos en Historia Natural, Zootecnia, Agricultura (...), y un medio, además, de contacto entre coleccionistas y aficionados». *El Naturalista*. 1886; 1 (1): 6.
7. Más información sobre Francesc d'Assís Darder en: Roca Torras, Jaume. *Historia de la veterinaria en Catalunya (1400-1980)*. Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona; 1991, p. 397-398.
8. La historia natural, entendida en el siglo XIX como una ciencia basada en la descripción y clasificación de animales, plantas y fósiles, era uno de los temas más difundidos en libros y revistas. También fue popularizada a través de exposiciones y museos. Estudios realizados a partir de muestreos sobre publicaciones decimonónicas han revelado que los artículos de historia natural eran, después de los de contenido médico, los más numerosos. Drouin, Jean-Marc; Bensauve-Vincent, Bernadette. *Nature for the people*. In: Jardine, Nicholas; Secord, James A.; Spary Emma C., eds. *Cultures of natural history*. Cambridge: Cambridge University Press; 1996, p. 408-425.
9. Gratacós Masanella, Jaume; Gratacós Prat, Maria; Gratacós Prat, Joaquim. *Manescals, albèiters i veterinaris a Banyoles*. Pla de l'Estany. Banyoles: Ajuntament de Banyoles; 2001, p. 88-89.

Hasta ahora, la mayor parte de los acercamientos historiográficos a la figura de Darder han destacado su labor como coleccionista-comerciante, habilidad taxidermista, faceta zootécnica o su papel como fundador y primer director del zoo de Barcelona, creado en 1892¹⁰. Sin embargo, el presente trabajo explora su lado más veterinario durante el segundo lustro de 1880. Y lo hace incorporando una importante novedad: la que se deriva de la asistencia a unos nuevos tipos de clientes que, en su diversidad, tenían como denominador común un valor económico incierto. Sin duda, es fácil suponer que el interés de Darder por la zoología y, sobre todo, sus negocios de compraventa animal, le exigieron una amplitud de miras hacia otros modos de ejercer la veterinaria. Pero en una Barcelona inmersa en una época de profundos cambios, factores sociales, científicos y tecnológicos también influirían de forma determinante en el inicio de esa actividad especializada sobre pequeños animales de finales del siglo XIX.

2. Factores socio-económicos y animales de compañía

La interacción de los humanos con animales de compañía ha sido un fenómeno ubicuo que parece tener miles de años de historia. Tal y como sugieren algunos restos arqueológicos, el uso de mascotas podría ser incluso anterior a la domesticación de animales de producción. No obstante, en los últimos

La pieza más famosa del museo era el cadáver embalsamado de un bosquimano conocido popularmente como «el negro de Banyoles». Su retirada y posterior repatriación a Botsuana estuvo relacionada con la polémica que suscitó su exhibición coincidiendo con los preparativos para que Banyoles acogiera las pruebas de remo de las Olimpiadas de 1992. Véase, por ejemplo, *La Vanguardia*: 06 May 1992: 21; 09 May 1992: 22; 13 May 1992: 17; 21 May 1992: 40.

10. Hochadel, Oliver; Valls, Laura. Civic nature. The transformation of the Parc de la Ciutadella into a space for popular science. In: Hochadel, Oliver; Nieto-Galan, Agustí, eds. *Barcelona: An urban history of science and modernity, 1888-1929*. London-New York: Routledge; 2016, p. 25-45. Nieto-Galan, Agustí. Scientific «marvels» in the public sphere: Barcelona and its 1888 International Exhibition. *Journal of History of Science and Technology*. 2002; 6: 33-63. Valls Plana, Laura. El museo de ciencias naturales de Barcelona (1882-1917): popularización de las ciencias naturales dentro y fuera del museo. *Biblio 3W: revista bibliográfica de geografía y ciencias sociales*. 2011; 15 (918). Venteo, Daniel. La Ciutadella y el Zoo, una historia ciudadana paralela. In: *Parc del Zoo. El corazón de la Ciutadella*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona; 2009, p. 15-60. Casanova Mandri, Rosend. Francesc d'Assís Darder i l'origen del Parc Zoològic de Barcelona. *Revista de Catalunya Barcelona*. 1999; 142: 36-41. Pons, n. 5. Blog de Salvador Pérez sobre taxidermia: <https://www.taxidermidades.com/2016/06/francesc-darder-llimona-veterinario-y-taxidermista.html#more>

siglos era un hecho particularmente circunscrito a los estamentos sociales más elevados. Una costumbre que realizaba la posición de un propietario que dejaba así entrever que sus necesidades básicas estaban satisfechas. En la Edad Media, esta práctica constituía un símbolo de lujo asociada sobre todo a clérigos, mujeres de clase acomodada y nobles aficionados a la caza y a la cetrería. El animal de compañía por excelencia era el perro, aunque también está documentada la posesión de gatos, monos, loros y ejemplares de otras especies más inusuales¹¹.

La tenencia de animales dentro de las casas como un fenómeno mundial y asociado también a las clases medias tuvo su origen en el siglo XIX. La industrialización y el aumento continuado de población urbana desempeñaron un papel clave, tanto en la popularización de ese hábito como en el cambio de sensibilidad hacia los nuevos inquilinos. La vida cotidiana en las ciudades provocó que muchas personas dejaran de tener contacto con el entorno natural y, tener un animal en casa, se convirtió en una especie de vínculo con éste. Además, esa relación ejemplificaba el triunfo científico-técnico del hombre decimonónico sobre la naturaleza¹².

El auge de las mascotas aumentó de forma sostenida durante el siglo XX. Los cambios socioeconómicos derivados del crecimiento de la riqueza, el deseo de acercarse de forma nostálgica al mundo natural y la ruptura de los esquemas de la familia tradicional propiciaron que a muchos animales se les confiriera valor sentimental y, como tal, incalculable. Ese afecto, con frecuencia, pasó a ponderarse en unos términos monetarios cuantitativamente elevados. En los países desarrollados, esta realidad acabó generando un mercado conformado por unos propietarios dispuestos a gastarse considerables sumas de dinero en su cuidado¹³.

11. Más información sobre animales de compañía en la Edad Media en: Walker-Meikle, Kathleen. *Medieval pets*. Woodbridge [Suffolk, UK]: Boydell Press; 2012.

12. Una breve historia sobre la tenencia de mascotas en: Swabe, n. 3, p. 160-168.

13. La atención hacia esos nuevos miembros de las familias hizo que el interés de los veterinarios por los animales de compañía se disparara. En las sociedades modernas actuales, los que se dedican a la clínica de pequeños animales constituyen el sector mayoritario. La diversificación constante en cuanto a los tipos de mascotas ha provocado que se atiendan animales hasta hace pocos años inimaginables. Este proceso, por otra parte, ha ido en paralelo a la feminización de la profesión. Un relato de cómo ha ido cambiando la práctica veterinaria en EEUU desde el siglo XIX hasta el momento actual según la fluctuación del valor económico asociado a las distintas especies se encuentra en, Jones, Susan D. *Valuing animals: veterinarians and their patients in modern America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press; 2003. En el caso británico, la atención clínica a los animales de compañía se comenzó a consolidar en las décadas de 1920

Esa tendencia global se puede extrapolar al contexto español, aunque con matices. Volviendo a la obra *Historia de la Veterinaria Española*, su autor subrayaba que, entre los factores «extraños» (sic) que habían contribuido a despertar el interés por la medicina canina, estaba la renovación de costumbres generada por una oleada de cosmopolitismo. Relacionó ese hecho con la implantación del ferrocarril, el cual había permitido una comunicación con el extranjero más fácil y cómoda. Además destacó cómo entre las damas elegantes del siglo XIX se había extendido la costumbre de tener un perro a modo de adorno lujoso, acarreado sus enfermedades, «disgustos o contrariedades que el consejo del veterinario procuraba evitar o conjurar»¹⁴. Finalmente añadió que el aumento de consultas relacionadas con los perros se debía últimamente también al temor horroroso que suscitaba el peligro al contagio de la rabia, incluso sólo con nombrarla¹⁵.

Nos puede resultar hoy curioso el uso que Sanz Egaña hizo del adjetivo extraño para calificar las causas que favorecieron el comienzo del interés por el cuidado de los canes. No obstante, no hemos de olvidar que este libro fue publicado dos años después del final de la Guerra Civil (1936-1939). Las duras condiciones de vida en esos momentos podrían haber determinado el aroma de extravagancia que destilan sus palabras a la hora de describir los hábitos de algunos sectores sociales de finales del siglo XIX. Una anécdota que, por sí sola, ilustra hasta qué punto la atención veterinaria hacia los animales de compañía se relaciona directamente con los estándares de vida de la población humana.

Volviendo a Barcelona, la ciudad comenzaba a reunir los ingredientes necesarios para que se produjese ese cambio de sensibilidad que mencionábamos antes. La denominada a veces «Manchester catalana» experimentó a finales del siglo XIX una drástica transformación: rápida industrialización, crecimiento económico, aumento acusado de población, migraciones desde áreas rurales, nuevas redes de transporte e infraestructuras, cambios urba-

y 1930 gracias al papel activo que asumieron algunos movimientos benéficos de bienestar animal ajenos a la profesión veterinaria, especialmente el liderado por Maria Dickin. Gardiner, Andrew. The «Dangerous» women of animal welfare: how British veterinary medicine went to the dogs. *Soc. Hist. Med.* 2014; 27 (3): 466-487.

14. Sanz Egaña, n. 2, p. 303.

15. Sanz Egaña, n. 2, p. 303. Testigos del siglo XIX de defunciones humanas por esta enfermedad coincidieron en calificarla como la peor de todas las muertes posibles. Pemberton, Neil; Worboys, Michael. *Rabies in Britain: dogs, disease and culture, 1830-2000*. Basingstoke: Palgrave Macmillan; 2012, p. 14.

nísticos, emergencia de una clase burguesa industrial, revueltas sociales, etc. Barcelona se convirtió en la puerta de entrada de casi todo lo que tuviera que ver con la «modernidad» en el contexto español. Esta atmósfera de dinamismo hizo posible que, entre otras cosas, la ciudad albergara una Exposición Universal en 1888. Además de la creación de varias instituciones científicas¹⁶, la arquitectura experimentó una edad de oro con figuras como Antoni Gaudí, Lluís Domènech i Montaner o Josep Puig i Cadafalch, nombres claves en la comercialización de la Barcelona turística actual¹⁷.

Ese ambiente social favorable al mundo de la ciencia hizo posible la inauguración en 1882 del Museo Martorell, el primer museo público de Barcelona dedicado a la historia natural y en el que Darder comenzó a trabajar como taxidermista en 1883¹⁸. De hecho, la preservación de cadáveres (animales y humanos) fue una constante de su vida profesional, desarrollando una técnica propia que bautizó con su nombre¹⁹. Esa faceta, que inició tras titularse en la Escuela de Veterinaria de Madrid en 1873²⁰, le permitiría desarrollar un negocio de productos relacionados con el coleccionismo que con el tiempo fue diversificando (artefactos etnológicos, antropológicos, etc.)²¹.

No obstante, esta labor constituyó sólo una parte de su actividad comercial, que compaginó con su papel de intermediario en la venta de animales vivos. En algunos casos, de ejemplares raros que adquiriría en sus viajes regulares a Francia para un cliente acomodado e influenciado por los componentes

16. Es el caso, por ejemplo, del Laboratorio Microbiológico Municipal. Más información sobre su creación en 1887 y desarrollo en, Roca Rosell, Antoni. *Història del laboratori municipal de Barcelona*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona; 1988.

17. Para profundizar sobre la cultura científica en la Barcelona de finales del siglo XIX véase, Hochadel; Nieto-Galan, n. 10. Clemens Zimmermann detalló los vínculos que entrelazaban Manchester y Barcelona en el capítulo que dedicó a la capital catalana en, Zimmermann, Clemens. *La época de las metrópolis: urbanismo y desarrollo de la gran ciudad*. Madrid: Siglo XXI; 2012, p. 147-175.

18. Hochadel; Valls, n. 10, p. 31.

19. Este servicio se publicó de forma regular en su revista. El precio por embalsamar un cadáver humano oscilaba entre 500 y 1000 pesetas. Aparece por primera vez en: *El Naturalista*. 1886; 1 (6): 46. Se anunció con el nombre de «Procedimiento Darder» desde, *El Naturalista*. 1886; 1 (16): 128. Cada año en invierno se organizaban visitas al cementerio en las que Darder mostraba a familias y a cualquiera que se adhiriera a la comitiva los buenos resultados de conservación que se conseguían con los cadáveres momificados según su método. *El Naturalista*. 1890; 4 (1): 7. Como complemento a esos servicios se ha de entender la venta de coronas fúnebres y de otros objetos funerarios en su tienda «Casa Darder». Véanse, por ejemplo, *El Naturalista*. 1886, 1 (15): 120; 1887, 2 (8): 64.

20. En 1878 instaló un negocio en la calle Mendizábal (actual Junta de Comerç) dedicado exclusivamente a la taxidermia. Pérez, n. 10.

21. *El Naturalista*. 1886, 1 (4): 31; 1886, 1 (9): 72; 1887, 2 (3): 23; [1888], 3 (2): 16; [1889], 3 (10): 87-88.

estéticos de moda en ese momento²². Pero el amplio elenco de animales que ofrecía también iba dirigido a un perfil de comprador muy distinto que, movido por razones prácticas, buscara por ejemplo especímenes de una determinada raza de gallinas con mayor tamaño de muslo o mayor puesta de huevos y desconocida en España. Para este último mercado, comenzó a vender material técnico relacionado con la avicultura y cunicultura, como incubadoras artificiales de fabricación propia e importadas²³. Ese negocio se complementaba con la oferta de huevos seleccionados para incubar, gallinas ganadoras de premios, patos, gansos, conejos y muchos otros animales, tanto autóctonos como de procedencia foránea²⁴.

Todo parece indicar que Darder se convirtió en un comerciante con buena reputación, según sugieren algunas informaciones extraídas de la prensa diaria barcelonesa²⁵ o el traslado de su negocio a emplazamientos de exposición y venta cada vez más grandes²⁶. Acompañó esta actividad con su versión en tinta, escribiendo y distribuyendo numeroso material impreso relacionado con las ciencias naturales en su acepción más amplia, incluida la veterinaria²⁷.

-
22. Noticias sobre viajes al extranjero, algunos de ellos con el objetivo confeso de adquirir, por encargo de sus clientes, animales vivos productivos o de puro lujo y ostentación en, *El Naturalista*. 1886, 1 (5): 36; 1886, 1 (12): 89; 1887, 2 (8): 57-58; 1890, 4 (6): 47.
 23. *El Naturalista*. 1886; 1 (16): 123-124. Los anuncios de venta de incubadoras son muy frecuentes durante los años en que se editó la revista. Publicidad correspondiente al primer y último año en, *El Naturalista*. 1886; 1 (11): 87; 1891, 5 (1): 4. También se publicaron artículos dedicados a explicar el funcionamiento técnico. *El Naturalista*. 1886, 1 (9): 65-67; 1886, 1 (12): 89-90; 1886, 1 (14): 105-106. Para mejorar el servicio postventa contaba con representantes en algunas ciudades. *El Naturalista*. 1886; 1 (17): 133.
 24. *El Naturalista*. 1886, 1 (6): 45; 1886, 1 (17): 136. Para los de procedencia lejana el plazo de entrega podía ser superior. *El Naturalista*. 1887; 2 (4): 31.
 25. A modo de ejemplo entre las numerosas referencias véase, *La Vanguardia*: 24 Sep 1882; (440): 6054-6055; 29 Ene 1885, Ed. Tarde; (48): 653.
 26. Tras varios cambios, en 1889 tuvo lugar el último y definitivo traslado de su establecimiento comercial al número 125 de la Diagonal, rebautizado como «Museo Darder». Se informó también de la puesta en marcha en ese espacio de aparatos de incubación artificial, programando los nacimientos con los días de exhibición pública. *El Naturalista*. [1889], 3 (4): 26; [1889], 3 (5): 38.
 27. En 1886 Darder se comprometió a escribir una obra sobre las enfermedades de los animales pequeños ante las peticiones de algunos suscriptores. *El Naturalista*. 1886; 1 (4): 30. Esa aspiración se materializó con la publicación en 1890 del «Manual práctico de Veterinaria doméstica». Como se anunció en la revista, en ella se describían enfermedades de numerosas especies animales, entre ellas «las de las aves de corral, conejos, perros y pájaros enjaulados, cotorras, loros y pequeños pájaros y hasta las de los peces». *El Naturalista*. 1890; 4 (10): 75. En la página 76 de ese número aparece por primera vez el anuncio publicitando su venta. No obstante, previamente ya había escrito otras obras sobre la producción de pequeños animales, un ámbito

3. Darder y la veterinaria anatomoclínica

La empresa comercial de compraventa animal entrañaba importantes riesgos, ya que algunos podían enfermar o morir antes de ser mostrados o vendidos. Esto suponía afrontar problemas relacionados con la salud de un colectivo heterogéneo e impropio para los estándares veterinarios del momento. Darder, impelido por las necesidades de su negocio, comenzó a desarrollar una nueva visión de la práctica veterinaria que consistió en aproximar los cuidados especializados a animales de tamaño pequeño. Para ello habilitó un espacio en su tienda donde los suscriptores de *El Naturalista* recibían atención veterinaria gratuita. Pero también mantuvo comunicación fluida con los abonados de fuera de Barcelona, usando para ello la cobertura que le ofrecía la revista. De esta forma, llegaba de forma más cercana a una población que no podía desplazarse a la ciudad catalana pero que estaba interesada en los productos que él comercializaba²⁸.

Como veremos, es precisamente en esa interacción donde podemos observar a un clínico de gran dedicación y sutileza inmerso en las tendencias más modernas de su época. Y no solamente porque los casos publicados supongan una amplia variedad de especies tratadas, sino también porque las ideas que aparecieron en el siglo XIX en torno a la enfermedad están claramente representadas en el quehacer cotidiano del veterinario barcelonés.

Una de esas novedades fue el advenimiento de un concepto localicista, según el cual la enfermedad era la expresión de una alteración anatómica situada en un tejido, órgano o sistema²⁹. De hecho, el legado de Darder está repleto de informes de autopsias que perseguían localizar la enfermedad en un punto concreto del cuerpo del animal. Un cambio metodológico que

más relacionado con su negocio comercial que el estrictamente clínico. Véase publicidad del «Tratado completo sobre la cría de los palomos» o de «El conejo, la liebre y el lepórido» en: *El Naturalista*. 1886, 1 (2): 15; 1886, 1 (18): 144.

28. Zaragoza, Madrid, Huesca, Soria, Pamplona, Valencia, Valladolid, Murcia, Toledo, Sevilla, Salamanca, Santander, etc., son sólo, por poner algunos ejemplos, localidades de procedencia de consultas sobre las enfermedades de los animales o de cadáveres para ser necropsiados. No obstante, siguiendo un criterio de proximidad, el grueso de cartas y de especímenes llegaban desde Cataluña, sobre todo de la provincia de Barcelona y muy especialmente de la capital.
29. Para desarrollar este apartado sobre la relación patología-lesión en la obra de Darder se ha utilizado como referencia principal el capítulo, Jacyna, L. S. The localization of disease. In: Brunton, Deborah, eds. *Medicine transformed: Health, disease and society in Europe (1800-1930)*. Manchester: Manchester University Press/The Open University; 2004, p. 1-30.

resultaba de gran interés en una medicina que, a diferencia de su análoga humana, carecía de síntomas referidos como fuente de información.

Este nuevo modelo epistemológico requería la disponibilidad de un elevado número de animales que, una vez muertos, pudieran acabar siendo diseccionados. En el caso de Darder, ese suministro estuvo garantizado gracias a los cadáveres de diferentes especies que los suscriptores de la revista enviaban a la sede de la publicación. No en vano, la inserción de anuncios publicitarios recordaba frecuentemente el derecho de los abonados a disfrutar de servicios veterinarios gratuitos para aves y demás pequeños animales de su propiedad. En concreto, esas prestaciones consistían en responder a las consultas formuladas por carta a través de una sección específica del periódico, a realizar visitas en un espacio habilitado en su local comercial y a practicar autopsias en caso de fallecimiento³⁰.

Es probable que Darder no encontrara oposición de otros veterinarios a la hora de adentrarse en esa práctica asistencial gratuita. En la mayoría de los casos, su condición de animales no productores de comida ni aptos para la tracción favoreció que no se hayan encontrado indicios de competencia por este incipiente nicho económico. Eso sugiere Darder en la respuesta a Rosa Ponseti, de Barcelona, a quien recuerda la gran ventaja que suponía para los abonados disponer de asesoramiento gratuito sobre las enfermedades de los animales «inferiores», y más aún cuando el resto de veterinarios se mostraban indiferentes hacia esos seres. Añadió que los propietarios que quisieran personarse con perros y demás animales o aves enfermos debían dirigirse a la tienda situada en el número 11 de la calle Jaime I entre dos y cuatro de la tarde, remarcando que bajo ninguna circunstancia practicaría visita alguna fuera del expresado establecimiento³¹.

De esta manera, Darder aumentaba la satisfacción de su clientela a la par que reforzaba su estrategia comercial, ya que toda persona que acudiera a la consulta debía presentarse en un local donde se podían adquirir numerosos animales en venta, tanto vivos como disecados³². Este encuentro «fortuito» actuaría como una fuerza de atracción hacia su negocio de potenciales

30. Véase, por ejemplo, *El Naturalista*. 1887; 2 (1): 1.

31. Darder reiteró que la decisión de no visitar a domicilio era inquebrantable, ya que si accedía no podría negarse a peticiones de igual clase en adelante. *El Naturalista*. 1886, 1 (17): 133; 1887, 2 (6): 46.

32. *El Naturalista*. 1886, 1 (4): 31; 1886, 1 (10): 75-78; 1886, 1 (16): 127; 1886, 1 (17): 134; 1887, 2 (6): 47; 1887, 2 (10): 74-75; 1887, 2 (11): 84.

compradores que tenían un vínculo emocional con sus mascotas y que demostraban abiertamente ser sensibles al bienestar animal, pero también de personas que podían, de algún modo, estar interesadas por la historia natural.

El trabajo individual que desarrolló el veterinario barcelonés en ese espacio específico, que designó como laboratorio, constituye un ejemplo de actividad clínica temprana, tanto por el amplísimo elenco de especies tratadas como por los métodos que empleaba³³. No en vano, su práctica profesional durante esos años se extendió a loros, gallinas, perdices, palomas, faisanes, perros, conejos, canarios, patos, ocas, ardillas o monos, entre otros, una diversidad más bien característica del momento actual. En menor medida, también prestaba consejos referidos al ganado mayor, como el equino, bovino, ovino o caprino³⁴. Estos animales grandes no aparecían en los informes de autopsias, básicamente por las dificultades de su traslado y, sobre todo, porque una vez muertos servían como alimento.

Como se ha comentado, uno de los rasgos de la veterinaria de Darder fue la búsqueda sistemática de cambios estructurales corporales que asociaba a condiciones patológicas particulares. Las aves representaron buena parte de esos informes anatomopatológicos. Nada extraño si tenemos en cuenta que los pájaros enjaulados eran animales fáciles de obtener y baratos, incluso gratis si los capturaba uno mismo. Su mantenimiento se podía reducir a jaulas de manufactura sencilla que ocupaban poco espacio y a una alimentación a base de desechos de comidas. Por otra parte, la capacidad que tenían algunos para cantar era muy valorada en una época en que no existía la música grabada³⁵.

33. En el primer número se anunciaba que se insertaría una relación de las autopsias que se practicasen en el laboratorio. *El Naturalista*. 1886; 1 (1): 1. De hecho, apareció una sección prácticamente fija al final de cada publicación con el título de «Resultado de las autopsias practicadas en nuestro laboratorio/ Consejos sobre las enfermedades de los animales», que se mantuvo hasta marzo de 1889, coincidiendo con un cambio de orientación de la revista, la cual pasaría a tener como objetivo principal la creación de una escuela de veterinaria en Barcelona.

34. *El Naturalista*. 1886, 1 (2): 14; 1886, 1 (14): 111; 1887, 2 (1): 8; 1887, 2 (11): 86; [1888], 3 (1): 6.

35. No disponemos de bibliografía sobre la posesión de animales de compañía en España. Por tanto, se ha utilizado aquí como apoyo documental una obra reciente que apunta a las causas arriba señaladas como los principales determinantes que explicarían por qué los pájaros cantores eran las mascotas más comunes en la Inglaterra del siglo XVIII, existiendo evidencias de que incluso familias muy pobres tenían pájaros en casa. Tague, Ingrid H. *Animal companions: pets and social change in eighteenth-century Britain*. University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press; 2015, p. 23, 38, 83. Es probable que esos factores fueran también determinantes en otros contextos europeos y permitieran entender por qué Darder recibió un gran número de peticiones sobre el cuidado de este tipo de aves.

Darder recibió numerosas aves para autopsiar. Algunas llegaban en tal estado de descomposición que la necropsia se volvía inviable, como en el caso de una cotorra, de un loro remitido desde Zaragoza o de un canario de Girona³⁶. Para preservar al máximo los cuerpos, recomendaba impregnar las aves con petróleo en casos de envíos desde largas distancias³⁷. No obstante, en la mayoría de ocasiones el examen del cadáver sí era relevante a la hora de establecer un diagnóstico y recomendar medidas higiénico-terapéuticas que evitaran nuevos fallecimientos o la afectación de los animales que convivían con el que había muerto³⁸.

A menudo, la necropsia revelaba defunciones por desórdenes digestivos que se debían a accidentes o a una alimentación inadecuada. Por ejemplo, un faisán que había comido sustancias corrompidas, un palomo que había ingerido un guijarro excesivamente grande, varios polluelos sometidos a una dieta en exceso feculenta o la de la gallina que presentaba una degeneración grasienta hepática³⁹. Con frecuencia, la autopsia de pájaros cantores como jilgueros, loros, canarios y periquitos determinaba una muerte por apoplejía o congestión cerebral. En esos casos, la única prevención posible pasaba por evitar la exposición del animal a los rigores atmosféricos y por seguir una serie de recomendaciones dietéticas⁴⁰. Esas pautas eran también válidas para prevenir otros accidentes vasculares, como se indicaba en el informe del canario muerto por un aneurisma⁴¹.

A pesar de la falta de registros, es probable que el número de personas que tenían pájaros cantores en sus casas no fuera desdeñable. Este tipo de mascotas parece que originó un mercado consumista, como se desprende de algunas noticias encontradas en *El Naturalista*. Así, una nota publicada en la sección variedades daba cuenta de que más de dos mil jilgueros habían sido llevados en los últimos meses por buques mercantes desde Málaga a las repúblicas de América⁴². Ese comercio presumiblemente era bidireccional, ya que Darder recibía también consultas o cuerpos de aves originarias del continente americano como hocos, guacamayos, capuchinos o cardena-

36. *El Naturalista*. [1888], 3 (1): 6; 1886, 1 (1): 7; 1886; 1 (16): 126.

37. *El Naturalista*. 1887; 2 (8): 63.

38. El estudio *post-mortem*no siempre era concluyente. *El Naturalista*. 1886; 1 (4): 31.

39. *El Naturalista*. 1886, 1 (3): 23; 1886, 1 (9): 70; 1886, 1 (12): 95; 1886; 1 (1): 7.

40. *El Naturalista*. 1886, 1 (2): 14; 1886, 1 (9): 70; 1886, 1 (14): 111.

41. *El Naturalista*. 1887; 2 (2): 16.

42. *El Naturalista*. 1886; 1 (3): 22.

les⁴³. La adquisición de un tipo raro de pájaro podía indicar una situación económica desahogada o interés por la fauna exótica. También se podía cotizar una habilidad particular del animal. A modo de anécdota, ese sería el caso de un loro muy hablador que ponía a la venta en 1886 un particular en la calle donde reside el autor de este trabajo y cuyo anuncio aparecía en la sección ofertas⁴⁴. A este tipo de usuarios iban dirigidos los consejos para evitar la gangrena seca en las patas de las aves enjauladas que aparecía con frecuencia⁴⁵.

En ocasiones, el diagnóstico se infería a partir de los detalles que el dueño del animal proporcionaba por carta. Como el loro con problemas digestivos alimentado exclusivamente de carne y acostumbrado a tomar café⁴⁶. No obstante, cuando la información aportada era insuficiente, Darder se abstenía de emitir un juicio clínico. Recomendaba entonces que se le enviara algún ejemplar muerto, como en el caso de los palomos enfermos de Mataró⁴⁷.

El gran desarrollo que alcanzó la anatomía patológica con Darder en el terreno práctico propició el hallazgo de evidencias que, en ocasiones, apuntaban hacia una veterinaria forense. Por ejemplo, el mono muerto de una gastroenteritis y cuya autopsia reveló la presencia de ulceraciones a lo largo de toda la mucosa intestinal. La sospecha de una muerte intencionada por ingestión de sustancias tóxicas hizo que el veterinario le preguntara a su propietaria si últimamente merodeaba por la casa algún enemigo de aquel pobre animal⁴⁸.

4. La introducción del microscopio: de la parasitología veterinaria a la teoría microbiana

En la segunda mitad del siglo XIX, varios descubrimientos científicos abrieron la puerta para que los veterinarios comenzaran a desempeñar un importante papel en la salvaguardia de la salud pública. La demostración de la transmisión

43. El Naturalista. 1886, 1 (11): 85; 1886, 1 (16): 126; 1887, 2 (4): 31; 1887, 2 (8): 63; 1887, 2 (11): 86; [1889]; 3 (5): 38.

44. El Naturalista. 1886; 1 (2): 15.

45. El Naturalista. 1887; 2 (2): 16.

46. El Naturalista. 1886; 1 (2): 14.

47. El Naturalista. 1886; 1 (2): 14.

48. El Naturalista. 1886; 1 (4): 31.

de algunas enfermedades animales a la especie humana, como la triquinosis, marcó el origen de la seguridad alimentaria en Europa y EEUU. Las preocupaciones sanitarias que, en ese sentido, iniciaron los descubrimientos en el mundo de la parasitología pronto tuvieron continuidad cuando la naciente bacteriología incrementó de forma notable el número de zoonosis⁴⁹.

En España se desarrolló paralelamente una historia similar. La irrupción de la triquinosis en la década de 1870 desató una gran alarma y marcó el inicio para que el examen microscópico en la inspección veterinaria de los alimentos se generalizara. Darder fue un pionero a la hora de utilizar el microscopio en el contexto español, defendiendo su uso para reconocer la carne de cerdo en el momento del sacrificio varios años antes de que ese método de control se regulara por ley. A partir de entonces, el uso de este instrumento comenzó a formar parte de la labor cotidiana de los inspectores veterinarios, especialmente desde la promulgación de una Real Orden en 1883 prohibiendo matar cerdos en los ayuntamientos que no dispusieran del equipamiento técnico necesario para realizar triquinoscopias. La aparición de la triquina favoreció, entre otras cosas, que la teoría explicativa del contagio animado tuviera una aceptación más temprana entre los veterinarios que entre el colectivo médico en España⁵⁰.

De hecho, la aportación original más destacada de Darder en la década de 1870 se situó en ese campo, realizando numerosos experimentos y trabajos con triquinas. El deseo de difundir las últimas novedades sobre la parasitosis y de acreditar su experiencia personal motivó su desplazamiento a Madrid en 1879 para explicar, en sesión experimental, el funcionamiento del helminto

49. Un relato del desarrollo de los sistemas de control para prevenir la transmisión de las enfermedades infectocontagiosas animales en EEUU (entre ellas, algunas zoonóticas) se puede consultar en, Olmstead, Alan L.; Rhode, Paul W. *Arresting contagion: science, policy, and conflicts over animal disease control*. Cambridge [Massachusetts]: Harvard University Press; 2015. La investigación en animales estuvo políticamente incentivada durante el s. XIX en Francia y en algunos estados alemanes. Lise Wilkinson pone de relieve la posición de liderazgo que en esos escenarios alcanzó la medicina comparada. Esos estudios, en muchos casos sobre zoonosis, permitieron una creciente comprensión de la naturaleza de las infecciones. Wilkinson, Lise. *Animals and disease: an introduction to the history of comparative medicine*. Cambridge: Cambridge University Press; 1992.

50. Gutiérrez García, José Manuel. *Triquinas, cerdos y salud pública veterinaria: la inclusión del mundo microscópico en la base científica de la inspección cárnica (Barcelona, 1870s)*. *Medicina e Historia*. 2016; 1: 4-16. [Trabajo galardonado con el XLVI Premio Fundación Uriach de Historia de la Medicina]

ante la plana mayor del Estado en asuntos sanitarios (Real Consejo de Sanidad y varios representantes de la Real Academia de Medicina)⁵¹.

Esta contribución favoreció que, desde entonces, el veterinario barcelonés recurriera sistemáticamente a los análisis microscópicos para constatar la naturaleza contagiosa de algunas patologías animales parasitarias y, cada vez con mayor frecuencia, de otras con un origen microbiano. Esa indagación microscópica se extendió incluso a muestras biológicas del reino vegetal, como las hojas de vid remitidas desde Igualada para que determinase si tenían mildiu⁵². Asimismo, examinaba los alimentos que le enviaban para certificar si estaban libres de cisticercos y triquinas y se podían, en consecuencia, ingerir con todas las garantías⁵³. En ocasiones le llegaban muestras que se salían de lo habitual, como la carne de rata procedente de Valencia. Es probable que esa petición se debiera al papel que desempeñan esos roedores en el ciclo vital de la triquina, si bien la nota no lo especifica⁵⁴.

El diagnóstico parasitológico constituyó uno de los pilares fundamentales en la labor cotidiana de Darder durante esos años. Ahora bien, esa búsqueda microscópica no se limitó a los vermes que causaban alarma entre autoridades y opinión pública, sino que se extendió a endoparásitos y ectoparásitos que infestaban con frecuencia a animales que no servían como alimento. Los perros, susceptibles a contraer con frecuencia varias patologías parasitarias específicas, representaron cuantitativamente el segundo gran grupo de clientes⁵⁵, tan sólo por detrás de las aves. Como se ha mencionado al inicio de este trabajo, las enfermedades de perros y gatos⁵⁶, a diferencia de las que afectaban a los caballos o al ganado mayor, habían suscitado históricamente

51. Gutiérrez García, n. 50.

52. *El Naturalista*. 1886, 1 (11): 85.

53. *El Naturalista*. 1886, 1 (4): 31; 1886, 1 (16): 126; 1887, 2 (2): 16.

54. *El Naturalista*. 1887, 2 (3): 23. Uno de los revisores de este texto, natural de esa localidad, manifestó que no se había sorprendido por el tipo de animal, ya que la paella a base de rata de agua de la Albufera se consideraba una variedad exquisita.

55. Con frecuencia, los casos clínicos estaban relacionados con vermes intestinales, pulgas, garrapatas y ácaros de la sarna. *El Naturalista*. 1886, 1 (2): 14; 1886, 1 (3): 23; 1886, 1 (5): 38; 1887, 2 (5): 39; [1888], 3 (1): 6; [1889], 3 (5): 38.

56. El desarrollo de la medicina felina fue posterior al de la canina. Este hecho se debió al desafío que supuso transformar un ser independiente, de hábitos nocturnos y asociado a la caza de roedores en animal de compañía. Kete, Kathleen. *The beast in the boudoir. Petkeeping in nineteenth-century Paris*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press; 1994, p. 115-135. En *El Naturalista* sólo hay una consulta sobre gatos, la de un ejemplar de Barcelona con pulgas. *El Naturalista*. 1887; 2 (8): 63.

poco interés veterinario, con la única excepción de la rabia por su condición de dolencia temible y fatal⁵⁷. Aunque en ocasiones eran útiles en el control de plagas o en tareas de vigilancia, los veterinarios menospreciaban la práctica con esos animales por su consideración de objetos, más que de sujetos, fácilmente reemplazables y sin apenas valor económico.

El microscopio también representó un avance técnico importante en el mantenimiento de los animales disecados. De hecho, el mayor peligro para los especímenes en venta eran las plagas de insectos que podían deteriorar las piezas⁵⁸. Uno de los productos que más recomendó para combatir esa amenaza era el «Insecticida Ruso», un polvo denominado así por sus buenos resultados en la conservación de los abrigos en Rusia y que vendía en su establecimiento a diez pesetas el kilo⁵⁹. Su efecto destructor sobre moscas, escarabajos, mosquitos, chinches, ladillas, hormigas, polillas, arañas y otros insectos no sólo preservaba las piezas disecadas, sino que además constituía el tratamiento de elección para los animales vivos con piojos, pulgas o garrapatas⁶⁰.

De esta forma, la práctica cotidiana del veterinario barcelonés incorporaba aspectos que, a finales de ese siglo y coincidiendo con el inicio de la medicina tropical, darían lugar a la creación de nuevas disciplinas científicas como la parasitología, helmintología y entomología, ciencias encargadas de estudiar los parásitos, vermes e insectos respectivamente⁶¹. Pero la ciencia que desarrolló en su laboratorio no se circunscribió al uso del microscopio, sino que también incluyó la realización de análisis químicos. Así, en un

-
57. Darder calificó de repulsiva la práctica de sacrificar perros ante cualquier vago síntoma que apuntara hacia esa enfermedad. *El Naturalista*. 1887; 2 (3): 23.
 58. Desde el siglo XVIII, las colecciones de historia natural afrontaban este peligro de diversas maneras, recurriendo a fumigaciones periódicas o al desarrollo de distintas recetas que trataban de conservar los animales disecados. Farber, Paul Lawrence. *Discovering birds: the emergence of ornithology as a scientific discipline: 1760-1850*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press; 1997, p. 53-54.
 59. Véase publicidad del producto en, *El Naturalista*. 1886, 1 (1): 7; 1886, 1 (4): 32.
 60. *El Naturalista*. 1886, 1 (4): 31; 1886, 1 (5): 38; 1886, 1 (11): 85; 1887, 2 (3): 23. En el caso de las garrapatas, se especificaba que el insecticida las mataba en pocos minutos pero no destruía las larvas.
 61. El desarrollo de esas tres disciplinas en el contexto internacional estuvo directamente relacionado con las necesidades de las sociedades colonizadoras del siglo XIX. Worboys, Michael. *Colonial and imperial medicine*. In: Brunton, n. 29, p. 211-238. Estrictamente hablando, la helmintología constituye una rama de la parasitología.

momento en que cada vez era más popular el consumo de leche de vaca⁶², recibió varias botellas del líquido alimento con el fin de que estableciese su composición exacta⁶³.

Probablemente Darder sea uno de los iniciadores de la medicina canina en España, acumulando un caudal clínico propio que, a falta de nuevas investigaciones, tardaría varias décadas en ser igualado⁶⁴. El considerable número de enfermedades caninas que trataba, unido a la elevada demanda, propició que acabara creando un espacio específico en su establecimiento comercial dedicado íntegramente al tratamiento de esos animales. En junio de 1887, Darder justificó la apertura de una clínica canina en su laboratorio (seguramente una de las primeras con carácter privado de España) ante las reiteradas instancias formuladas por parte de varios abonados a la revista. El nuevo servicio veterinario no era gratuito, sino que tenía un coste que variaba en función de si el perro requería o no ser ingresado y, en caso afirmativo, de su duración, además de una tarifa especial para los casos con sospecha de rabia⁶⁵.

El contacto de Darder con las ideas científicas que circulaban a finales del siglo XIX se refleja también en ese acercamiento práctico a la clínica de los canes. Como ejemplo, valga subrayar la importancia que otorgó a la higiene y a los antisépticos, la descripción que realizó de varias técnicas quirúrgicas y el uso de anestésicos como el clorhidrato de cocaína a la hora de realizar determinadas cirugías. En ocasiones, para solucionar problemas que representaban todo un reto profesional y técnico, como las operaciones de oftalmología para afrontar algunas patologías frecuentes en perros⁶⁶.

62. La Revolución Industrial propició un escenario nunca visto. Había más consumidores que productores, aumentando el consumo de leche líquida y de otros productos de origen animal. En esas circunstancias, el sector agropecuario tuvo que adaptarse para satisfacer la creciente demanda. En Estados Unidos, la cantidad de mantequilla que podía fabricarse con la leche que producía una vaca hacia finales del siglo XIX era equivalente a la que necesitaba del concurso de tres o cuatro animales a mediados de esa centuria. Carlson, Laurie W. *Cattle: an informal social history*. Chicago: Ivan R. Dee; 2001, p. 173 y 260.

63. *El Naturalista*. 1886; 1 (9): 70.

64. A pesar del escaso interés de los veterinarios por los pequeños animales, los canes comenzaron a entrar como pacientes en los centros docentes durante esa centuria. En la escuela de veterinaria de Madrid ya hay constancia escrita de diversas atenciones a perros desde la primera mitad del siglo XIX. Salvador Velasco, Ángel. *El inicio de la veterinaria en España*. Vol. 1. [Sevilla]: Ilustre Colegio Oficial de Veterinarios de Sevilla; 2015, p. 294-296.

65. *El Naturalista*. 1887; 2 (7): 55.

66. *El Naturalista*. 1886; 1 (1): 7; 1886, 1 (11): 85-86.

CLÍNICA CANINA,
Laboratorio de El Naturalista.

Se admiten á pension para el tratamiento de sus enfermedades.

P R E C I O S

Por la asistencia á un perro atacado de qualquier enfermedad, á escepcion de la *rabia* 1 peseta 50 cent. diariamente.

Si el perro es rabioso.. 5 pts.
 Cuando motive únicamente el encierro del animal la sospecha de que puede éste haber contraído la *rabia*.. 2 pts.

CONDICIONES

En el primer indicado caso el propietario del perro deberá abonar anticipadamente la cantidad de 10 á 20 pesetas segun la clase de enfermedad que padezca el animal, sin que tenga el dueño derecho á reintegro alguno, por más que dicha suma sea mayor que el importe de las estancias causadas por el enfermo: pero si vendrá obligado á satisfacer el exceso si sucediere lo contrario, sea cual fuere el resultado ó la terminacion de la enfermedad.

En los dos restantes casos el anticipo se elevará á 25 pesetas, rigiendo las mismas condiciones que acaban de expresarse.

Fig. 1: Publicidad de la clínica canina de Darder. Fuente: El Naturalista. 1887; 2 (9): 72.

La amplia experiencia profesional de Darder con el microscopio, junto con las necesidades sanitarias derivadas de una parte de su negocio, facilitaron que acogiera con premura la doctrina causal exógena de la enfermedad que, en esa década de 1880, comenzaba a postular la bacteriología. No en vano, la venta de razas de animales de mayor rendimiento económico y de innovaciones tecnológicas que aumentarían su productividad impulsaron ciertos cambios en las condiciones de vida que, en algunos casos, como en las aves, comenzaron a ser evidentes⁶⁷. Entre éstas, la más destacada era la

67. A veces, en las respuestas a las consultas sobre el funcionamiento técnico de esos aparatos, incluía consejos sobre sistemas de alimentación y mantenimiento que favorecieran una buena productividad. El Naturalista. 1886, 1 (16): 126; 1887, 2 (1): 8.

tendencia a confinar crecientes densidades de animales de la misma especie en espacios relativamente reducidos, un medio que favorecía la diseminación de las enfermedades infecciosas y comprometía la salud de todo el grupo. Consecuentemente, minimizar las probabilidades de transmisión de ese tipo de dolencias resultaba vital para asegurar la viabilidad económica de la iniciativa zootécnica de sus clientes.

Las circunstancias de convivencia estrecha que se comenzaba a acentuar entre algunos de los animales que él vendía le obligaron a ampliar el clásico cometido de los veterinarios, centrado en tratar la enfermedad a nivel individual, a intentar evitar que esos patógenos aparecieran y se propagaran al resto de ejemplares. Los métodos que para ello aconsejó se basaban fundamentalmente en aislar a los infectados y en el empleo de desinfectantes. Son muchísimos los casos en los que el veterinario daba pautas higiénicas que basaba en la teoría de los gérmenes. Generalmente esa secuencia comenzaba con el diagnóstico de una enfermedad infecciosa a partir de la necropsia del animal, que seguía con la recomendación del uso de diferentes sustancias antisépticas (agua fenicada, disolución de ácido sulfúrico o el «desinfectante peruano» disponible en su tienda a un precio tres pesetas la botella de litro)⁶⁸. La limpieza de los locales donde vivían los animales no sólo giraba en torno a la aplicación de productos químicos, sino que también recalca la importancia de disponer de unos espacios ventilados que podían ser baldeados con agua hirviendo. Asimismo, daba instrucciones sobre la adecuada colocación de los comederos para impedir el contacto de los granos alimenticios con excrementos y la adopción de otras medidas preventivas que procurasen, en general, unos habitáculos en un estado de completo aseo. Sólo por citar unos ejemplos relativos a diferentes especies encontramos la paloma cuyo diagnóstico *post-mortem* explicaba la mortalidad que ocurría en su palomar, el pato con tuberculosis o los frecuentes casos de gallineros con enteritis o difteria aviar⁶⁹.

Darder se apoyó constantemente en su bagaje como clínico a la hora de formular numerosas observaciones de enfermedades contagiosas no parasitarias que la relación hombre-animal podía comportar. Criticó la falta de

68. La publicidad de ese desinfectante rezaba que era el procedimiento más económico y el que ofrecía mejores resultados. *El Naturalista*. 1886, 1 (10): 80.

69. *El Naturalista*. 1886, 1 (1): 7; 1886, 1 (2): 14; 1886, 1 (3): 23; 1886, 1 (9): 70; 1886, 1 (11): 85; 1886, 1 (14): 111.

institucionalización de la bacteriología en veterinaria⁷⁰, sin poder sospechar siquiera que la incorporación de esos contenidos en los centros docentes que impartían los estudios de medicina animal y humana en España no sería una realidad hasta bien entrado el siglo xx, varias décadas después⁷¹. Así, en un momento en que la teoría microbiana del contagio y de la infección no gozaba de gran predicamento, el veterinario catalán realizó varias reflexiones que apuntaban en esa dirección, defendiendo o rechazando la idea de la transmisión zoonótica según los casos y basándose siempre en su vasta experiencia particular⁷². No sólo eso, sino que publicó un caso de un mono con sarampión que se había contagiado de una de las niñas que vivía en la casa⁷³, convirtiéndose probablemente en la primera referencia española que advertía que ese intercambio de patógenos era bidireccional.

5. Conclusiones

Para el autor de este trabajo, fue una grata coincidencia descubrir que uno de sus periodistas preferidos, Jacinto Antón, se hubiera centrado en la figura de Francesc Darder a la hora de redactar algunos de sus célebres artículos⁷⁴. A decir verdad, quizás esa anécdota no sea en el fondo tan casual si tenemos en cuenta la trayectoria del veterinario catalán. Su historia, vinculada estrechamente con el comercio de bienes relacionados con la historia natural, se

70. El Naturalista. 1890; 4 (8): 57-58.

71. En 1912, un Real Decreto introducía los contenidos relacionados con la bacteriología en los planes de estudios de veterinaria. En el caso de la medicina, en 1905 se incorporaron a la asignatura de higiene unas prácticas de bacteriología sanitaria. No obstante, la enseñanza real de la microbiología médica no se hizo efectiva hasta la reforma del plan de estudios de 1928. Gutiérrez García, José Manuel. Laboratory medicine and the identity change of veterinary medicine in Spain at the turn of the twentieth century. *Dynamis*. 2010; 30: 239-260. Bágüena Cervellera, María José. La higiene y la salud pública en el marco universitario español. *Revista de sanidad e higiene pública*. 1994; 68[monográfico]: 91-96. Bágüena Cervellera, María José. Legislación e instituciones en torno a la microbiología médica española del siglo xix. In: Echevarría Ezponda, Javier; de Mora Charles, M.ª Sol, eds. *Actas del III Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*. Vol. 2. San Sebastián: Editorial Guipuzcoana; 1984, p. 51-56.

72. El Naturalista. 1886, 1 (16): 124-126; 1887; 2 (5): 39.

73. El Naturalista. 1886, 1 (3): 23-24.

74. Antón, Jacinto: El gabinete del doctor Darder. *El País* (ed. Cataluña). 22 Dic 1991; Las tribulaciones de un taxidermista incomprendido. *El País* (ed. Cataluña). 23 Dic 1991; Las audaces aventuras de un taxidermista. *El País* (ed. Cataluña). 24 Dic 1991. También ha publicado varias reseñas sobre objetos pertenecientes a la colección Darder.

puede considerar como normal excepcional. Normal porque nos permite entender las formas de ver, pensar y conocer de la cultura de una época, pero extraordinaria desde la mirada actual. Y es que Darder reúne los ingredientes necesarios para convertirse en protagonista de múltiples historias. Algunas ya han visto la luz, incluso aderezadas con un punto de ironía, como las referidas más arriba. Pero aún quedan muchas otras por escribir como, por ejemplo, las que profundicen en su faceta profesional como veterinario, objetivo principal de la investigación actual.

La actividad veterinaria de Darder, profundamente condicionada por su original empresa comercial, nos muestra a un clínico de gran finura y bien conectado con las ideas médicas circulantes en ese momento. El veterinario supo aprovechar las condiciones sociales, científicas y tecnológicas que concurrieron en la Barcelona de 1880 para iniciar una atención especializada focalizada en los animales considerados inferiores. Sus sistemáticos exámenes anatomoclínicos y el desarrollo de una veterinaria de laboratorio, ejemplificada sobre todo en sus indagaciones microscópicas, pueden inscribirse de lleno en las tendencias más modernas de su época. No sólo eso. Su aproximación teórica y práctica a los problemas zootécnicos y sanitarios de mascotas o de cualquier otro animal sin un claro valor económico o nutricional constituyó una verdadera rareza en la España de la centuria decimonona. Una manera de entender la veterinaria basada en criterios muy semejantes a los de la actualidad pero que entonces apenas se podían vislumbrar. Por eso, con ojos contemporáneos, bien se le podría considerar como el padre patrio de la medicina de pequeños animales o, si se prefiere un apelativo más corto, como un auténtico visionario. ■